

instante á su flota, partió de Santiago el 18 de noviembre de 1518, y costeano del Norte hácia el Este, fué á fondear al puerto de la Trinidad.

Habia sido precedido por una órden de Velazquez al alcalde de dicha villa, para que recogiese á Cortés su nombramiento, es decir, el título de capitán general de la flota.

El alcalde se apresuró á participar á Cortés la órden que habia recibido; pero éste manifestó al alcalde, que tan súbita mudanza en el ánimo del gobernador no podia provenir mas que de un error ó mala inteligencia, y comprometió al primer magistrado de la Trinidad á que retardase la ejecucion de la órden hasta que Velazquez respondiese al mensaje que iba á dirigirle, demostrando al mismo tiempo el mas profundo respeto á la autoridad del gobernador de Cuba. Como el alcalde no se hallaba en disposicion de obligar á Cortés á que le obedeciese, tuvo que pasar por lo que éste quiso, y le concedió la próroga que solicitaba. Cortés escribió en efecto á Velazquez; pero levantó áncoras al instante y se dirigió á la Habana.

Obligado á detenerse en este punto, aprovechó el tiempo para desembarcar la artillería, hacer que limpiasen las armas y ejercitar á los artilleros. Como el territorio de la Habana producía algodón en abundancia, mandó hacer una especie de arma defensiva ó coraza formada de algodón entretelado, á la que dió el nombre de estampilla. Se adoptó generalmente esta armadura como mejor defensa

que el hierro contra las flechas y dardos americanos.

La escuadra de Cortés se componía de diez navíos y un bergantín. Dividió su pequeño ejército en once compañías, al mando cada una de un capitán, que lo era al mismo tiempo de uno de los buques, para que así tuviesen la misma autoridad en tierra que en mar. El se encargó de la primera compañía, declarando que las ponía todas bajo la proteccion especial de San Pedro, cuyo nombre habia, de ser por decirlo así, su grito de guerra.

Se hizo á la vela del puerto de la Habana el 10 de febrero de 1519, y despues de haber luchado por algunos dias contra vientos muy impetuosos, toda la escuadra se reunió en la isla de Cozumel, donde se verificó una revista general. El número de tropas ascendía á quinientos ocho soldados, sin contar los oficiales, y ciento nueve hombres para el servicio de los navíos. Entre los soldados habia trece con mosquetes, treinta y dos con ballestas, y los demás no tenían mas que espadas y lanzas. La caballería de Cortés, esta caballería que habia de hacer un papel tan importante en la expedicion, solo constaba de diez y seis ginetes. Su artillería estaba reducida á diez cañoncitos de los llamados de montaña, y cuatro culebrinas, especie de cañon largo y delgado que ya no está en uso.

Entre tanto Velazquez, informado de que Cortés habia salido de la Trinidad á pesar de sus órdenes, acusó de traicion al oficial que no las habia ejecu-

tado y tomó sus medidas para que Cortés, detenido en la Habana, fuese enviado preso á Santiago. Avisado el capitán general de la escuadra del peligro que le amenazaba, halló medio de eludir el furor de Velazquez y salvarse de sus violencias. Dió parte á sus compañeros, con cuyo afecto podia contar, del proyecto formado por Velazquez, y les indicó la suerte que le estaba reservada por la injusticia del gobernador, pidiéndoles en el acto su parecer sobre el modo con que debería conducirse. Todos le respondieron á una voz que no debía inquietarse por las malélicas disposiciones de Velazquez contra él, y le indujeron á que siguiese con el mando que se le habia confiado, suplicándole no les privase de un jefe que merecia toda su confianza. Todos juraron que estaban prontos á seguirle á donde quisiese llevarlos, arrojando todos los peligros y hasta la muerte.

Seguro de esta suerte Cortés, del afecto y decision de sus soldados, dió la orden de la partida, y se hizo á la vela para ir á conquistar un imperio mucho mas vasto que todos los países reunidos entonces bajo el dominio del rey de España.

Estaba resuelto á seguir el mismo rumbo que habia conducido á Grijalva á sus importantes descubrimientos; así es que se detuvo primeramente en la isla de Cozumel. Su llegada fué una dicha para un español, arrojado por un naufragio á la costa y hecho esclavo por los salvajes. Este hombre, llamado Aguilar, habia pasado ya ocho años en la es-

clavitud, y costó trabajo el reconocerle, porque habia adoptado las costumbres, maneras, lenguaje y hasta la misma figura de los indios. El sello de su origen europeo estaba completamente borrado en aquel infeliz, que apenas se acordaba de su patria. Se hallaba desnudo como los salvajes, cuyo color bronceado tenia: sus cabellos estaban trenzados al rededor de la cabeza, á la moda del país, y tenia en la mano un arco, llevando el escudo, aljaba y flechas á la espalda. No tenia mas bienes que una bolsa de punto, en la que guardaba sus víveres, y un antiguo libro de horas que leia con piadosa constancia. Cuando hablaba, su lenguaje era casi ininteligible, apenas se acordaba del idioma castellano, que en su boca se habia convertido en un dialecto bárbaro, formado en gran parte de palabras indias.

Contó á Cortés que cuando él y sus compañeros naufragaron en la costa, eran diez y nueve, pero que el hambre y las fatigas hicieron que muriesen siete: los demás fueron cogidos por un cacique del país, hombre feroz que sacrificó en el acto cinco á sus ídolos y se los comió despues. Los que por el pronto no saciaron el horrible apetito de aquel antropófago, estaban destinados á un suplicio mas cruel que la muerte: los encerró en una jaula para que fuesen engordando. Habiendo logrado escaparse, pasaron por mucho tiempo una vida errante en los bosques, alimentándose de yerbas y raices, y estaban á punto de sucumbir, cuando descubiertos por algunos indios, fueron presentados á un cacique, el que los

recibió con benignidad y les prodigó todas las atenciones de una hospitalidad generosa, porque era enemigo del que los había tratado tan cruelmente. A pesar de esto, fueron condenados á un trabajo muy penoso que escedía sus fuerzas. Solo dos pudieron resistir el esceso de la fatiga y sobrevivir á sus compañeros de infortunio: estos fueron Aguilar y Guerrero; pero su suerte mejoró, porque habiendo prestado singulares servicios al cacique su amo en una guerra que sostuvo contra otros jefes, se mostró tan agradecido que los hizo amigos y confidentes suyos. Gracias á esta nueva situación, Guerrero se casó con una india de una de las familias mas poderosas del país, y poco tiempo despues de su matrimonio obtuvo un mando de importancia. Poco á poco se aficionó de tal manera á la vida y costumbres de los americanos, que á la llegada de los españoles, no quiso unirse ni aun presentarse á ellos, lo que se debe atribuir á la verguenza que pasaria presentándose á sus compatriotas con todos los signos distintivos de los salvajes, porque segun decir Aguilar, tenia la nariz taladrada á modo de los indios y su cuerpo estaban pintado de diversos colores.

Cortés abrazó al pobre Aguilar, dando su misma capa para cubrir la desnudez de aquel español, feliz por volverse á ver entre sus hermanos. El capitán general esperaba con fundamento que Aguilar le seria muy útil en sus negociaciones con los indios, cuyo idioma hablaba con facilidad.

Saliendo de Cozumel, Cortés avanzó hácia la provincia de Tabasco, queriendo llegar al paraje en que el rio de Grijalva desemboca en el mar. Como su predecesor que puso su nombre al rio, no había tenido motivo de queja por parte de los habitantes, esperaba el capitán general que á él le sucediera lo mismo; pero se engañaba, y cuando la nave capitana fué descubierta por los naturales, acudieron manifestando intencion de oponerse al desembarco. Cortés les envió al instante el intérprete Aguilar, para que renunciassen á sus designios hostiles; pero ellos rehusaron escucharle, y sin dejarle hablar tuvo que volverse á bordo sin haber adelantado nada.

Cortés no queria ser el primero á romper las hostilidades: impaciente por llegar lo mas pronto posible á las costas mas inmediatas al vasto imperio mejicano, la resistencia de los salvajes era para él un sensible contratiempo. Puesto en la alternativa de ceder á las amenazas de los salvajes, dando así alas á su insolencia, ó dar principio en un país tan distante del término de sus esfuerzos á una guerra que por feliz que fuese le había de ocasionar grandes pérdidas de hombres y de tiempo, se decidió por fin á tomar el partido violento de un ataque que juzgó necesario.

Al amanecer todos los preparativos para el combate estaban terminados. Dispuesta la escuadra en semicírculo, empezó á subir contra la corriente del rio; pero antes de empezar el combate quiso Cortés

hacer nueva tentativa para ver si los indios se sosegaban. Aguilar en calidad de intérprete fué á decirles que de ellos dependia el ser tratados como amigos ó enemigos; pero ellos sin escucharle, dieron en medio de espantosos aullidos la señal del ataque, avanzando todas sus canoas contra la flota española.

Comenzaron por lanzar flechas y piedras contra los españoles, que padecieron mucho, acribillados por aquella nube de proyectiles. Hasta entonces se habian mantenido inmóviles sin contestar mas que con su desden á las amenazadoras bravatas de sus enemigos; pero ya era tiempo de pensar en la defensa, y Cortés mandó disparar algunas piezas de artillería, que bastaron para que terminase el combate. Asustados los indios con el estrépito de aquel trueno que retumbaba contra ellos, y sobre todo, de los terribles efectos de su poder, se precipitaron en el agua para salvarse á nado. En un momento quedaron abandonadas todas las canoas, y acercándose la flota española á la costa, Cortés desembarcó sin dificultad con todas sus tropas.

La contienda no estaba todavía terminada. Los indios, que habian abandonado sus canoas para huir á los bosques, se incorporaron á un crecido número de naturales que venia para atacar á los españoles, y sorprendiendo á Cortés en el momento en que formaba su pequeño ejército en batalla, le empezaron á acribillar con flechas y piedras. El general español continuó formando sus líneas con una sangre

fria extraordinaria, marchando despues contra los enemigos; aunque para llegar hasta donde estaban sus masas compactas habia que atravesar profundos pantanos y espesos bosques. Cuando los salvajes vieron venir á los soldados españoles en buen orden y alineados unos con otros, no se atrevieron á esperarlos, y con su pronta huida evitaron los golpes de un enemigo cuyo marcial continente y brillantes armas les ofrecian un espectáculo tan nuevo como terrible.

El valor que manifestó Cortés en este combate, reveló ya á sus soldados lo que debian esperar de semejante general. Al principio de la accion se le quedó un zapato en el fango de un pantano que tuvo que atravesar, sin que lo echase de ver hasta que puestos los indios en completa derrota consiguió una victoria general.

El enemigo habia corrido á refugiarse en Tabasco, pueblo fortificado con una hilera de troncos, clavados en tierra, como las empalizadas que se usan en las poblaciones fortificadas de Europa. El único camino que conducia á la ciudad, eran tan sumamente estrecho y tortuoso, que era muy temible aventurarse en él con imprudencia. Otro que Cortés hubiera titubeado á vista de tales dificultades; pero él marchó via recta á la poblacion, de la que pensaba apoderarse sin resistencia; mas los habitantes estaban resueltos á defenderse hasta la estremidad. Habian cortado con piés derechos la entrada del pueblo y de las calles, en términos que Cortés tuvo

que dar otro nuevo ataque cuyo resultado no fué dudoso. Los indios arrojados de todas sus posiciones dejaron entrar á los españoles; pero rehaciéndose en la plaza principal sostuvieron una pelea aun mas encarnizada. En fin, los indios cedieron, y yendo á refugiarse á las selvas dejaron á los españoles dueños de Tabasco.

Cortés mandó á sus soldados que no persiguiesen á los fugitivos. El botin que esta victoria proporcionó á los españoles, sobrepujó á sus esperanzas, porque si los indios se habian llevado á los bosques lo mas precioso, dejaron por lo menos en la poblacion abundantes víveres, que tanta falta hacian á los españoles estenuados de hambre y de fatiga.

No menos prudente que animoso, Cortés tomó todas las precauciones necesarias para poner en salvo á su tropa, y sobre todo preservarla de una sorpresa. Al acercarse la noche, alojó á todos sus compañeros en tres templos situados en los sitios mas dominantes de Tabasco: colocó sus centinelas por escalones, para que en caso de alarma los soldados tuviesen tiempo de ponerse á la defensiva. Infatigable en su vigilancia, no disfrutó un momento de reposo, y cuando dormian casi todos sus soldados, para reparar sus fuerzas agotadas en combates y marchas penosas, él rondaba para ver si los centinelas que habia colocado cumplian con su deber. Al salir la aurora encargó á algunos oficiales que fuesen á reconocer los bosques inmediatos; pero no encontraron ni un indio siquiera, lo que pa-

reció de mal agüero á Cortés. Mandó que se hiciese el reconocimiento mas lejos, y entonces se descubrió un ejército como de cuarenta mil salvajes, preparándose á presentar batalla á los vencedores de la víspera. Semejante aviso, en la posicion en que se hallaba Cortés, era para desalentar al jefe mas animoso, viéndose al frente con tal multitud de hombres, estimulados por el doble fanatismo de la religion y la libertad, y pudiendo reparar tan fácilmente sus pérdidas, mientras que la muerte de un español no era compensada con la de un millar de indios.

El capitán general no ignoraba á qué peligros se veía espuesto; pero sin dar parte á las tropas de sus inquietudes les presentaba siempre un semblante con tal aire de firmeza y seguridad, que logró inspirarles una confianza que él estaba muy lejos de tener, y cuando su pequeño ejército vió á su general siempre tranquilo y sereno, no dudó un solo instante de la victoria.

El primer cuidado de Cortés fué tomar una posicion favorable al corto número de sus tropas, formándolas en batalla al pié de una colina, cuya elevacion impedia que el enemigo acometiese por detrás. Colocando la artillería sobre esta colina, podian sus disparos hacer mas estragos en los apiñados pelotones de los indios. El, con los pocos gritos que habia, se apostó en un bosque vecino para salir y caer de improviso sobre los enemigos. Tomadas estas disposiciones esperó á los indios, que no tardaron en presentarse.

La mayor parte venia armada de flechas y de arcos, cuya cuerda era de un nervio de buey ó pelos de ciervo retorcidos; la punta de las flechas estaba formada con un hueso cortante ó una fuerte espina de pescado. Se servian tambien de un venablo que arrojaban desde lejos, ó con el que combatian de cerca manejándole como una espada; pero la mas mortifera de sus armas era un sable de madera muy dura y con el corte formado de piedras agudas engastadas en la madera. Este sable era tan pesado que era preciso servirse de las dos manos para manejarle. Muchos salvajes llevaban tambien mazas; otros hondas con las que arrojaban á bastante distancia y con buen tino piedras muy grandes. Solo los jefes tenian armas defensivas, que consistian en una coraza de algodón entretelado y un escudo hecho de madera ó con la concha de una tortuga. Por lo que hace á los soldados iban enteramente desnudos, y creian aparecer mas formidables pintándose la cara y el cuerpo de diversos colores. Con el fin de aparecer mas altos se ponian en la cabeza grandes plumas enlazadas entre sí para formar un ancho penacho.

Su música militar no era menos estraña que el traje, pues consistia en una flauta de caña y un tambor hecho del ahuecado tronco de un árbol. Aunque ignorasen completamente el arte de alinearse para combatir, observaban sin embargo cierto orden y su ejército estaba dividido en pequeñas divisiones, cada una con su jefe particular. En una so-

la cosa se parecia su estrategia á la táctica europea, y era en que rara vez acometian con toda la fuerza al enemigo, sino que reservaban una parte que constituia su refuerzo, ó como se dice en el lenguaje militar, su cuerpo de reserva.

Anunciaban siempre con grandes gritos su primer ataque, el que siempre era muy impetuoso; pero si el enemigo se sostenia y el desórden llegaba á introducirse entre los primeros acometedores, resultaba inmediatamente una grande confusion, una mezcla general, seguida bien pronto de la fuga y derrota de todo el ejército.

Tal era el enemigo cuyos cerrados y numerosos batallones se acercaban para combatir, ó mas bien aniquilar el pequeño ejército de Cortés, que firme en sus posiciones esperaba el ataque. Apenas los indios llegaron á tiro de flecha empezaron la batalla, dando espantosos gritos y lanzando tanta cantidad de flechas que oscurecian el aire. Los españoles, que hasta entonces habian guardado un profundo silencio, contestaron al enemigo con una descarga general de sus cañones y arcabuces, cuyo fuego abrió anchas brechas en los batallones indios; pero aquellos truenos que enviaban la muerte á sus filas, no asustaron á los salvajes, atentos solo á llenar los huecos que entre ellos hacian los disparos de la artillería y arcabuceria. Hasta se les vió coger tierra y arrojarla al aire, para que aquella nube de polvo ocultase á los enemigos las pérdidas que sufrían.

Por vigorosa que fuese la defensa de los españoles, el encarnizamiento, y sobre todo, la superioridad numérica del enemigo debían al fin triunfar de su valor. Ya les había costado mucho trabajo rehacer sus filas, rotas por la impetuosidad de los indios, ya se les acababan las fuerzas, cuando Cortés salió de improviso del bosque al frente de su caballería, y se precipitó en medio de los indios, que nunca habían visto un hombre á caballo. La vista de los ginetes, que con su caballo se les representaban como un solo animal, les causó tal sorpresa que las armas se les caían de las manos. Los españoles se aprovecharon de aquellos momentos en que aflojaba el combate para establecer el orden en su línea de batalla y en sus movimientos; rompieron un fuego mas vivo de cañones y arcabuces, y tomaron á su vez la ofensiva con tanta energía, que los indios, puestos al fin en completa derrota, buyeron en todas direcciones.

Cortés mandó á sus soldados que diesen cuartel á los fugitivos, y satisfecho de haber probado por segunda vez á los indios la superioridad de las armas españolas, se contentó con hacer algunos prisioneros de los que pensaba servirse para establecer la paz con la nacion que acababa de vencer. Contáronse en el campo de batalla los cadáveres de ochocientos indios. Los españoles no perdieron mas que dos hombres, pero tuvieron hasta setenta heridos. En cuanto al número de heridos indios no se pudo averiguar, porque los que no recibieron herida de considera-

ción desaparecieron, mezclados en el tropel que ocasionó la derrota general.

Al otro día de la batalla llevaron algunos prisioneros á la presencia de Cortés: estaban pálidos y temblando porque creían que los iban á matar; pero cuál fué su asombro, cuando el general español que los recibió con benevolencia, les anunció por medio de Aguilar que ya estaban libres! Su alegría fué aun mas estrepitosa al recibir algunas bagatelas de Europa que les regaló Cortés. Se les hacia tarde para ir á contar á sus compatriotas la generosidad de los españoles, la que bastó para que los indios cambiasen en pacíficas disposiciones sus trasportes de furor y sus proyectos de venganza.

Todo aquel pueblo que había jurado guerra á muerte á los españoles, se hizo bien pronto amigo suyo: los indios empezaron á traer víveres al campamento, y Cortés los recompensó con magnificencia. Hasta el mismo cacique envió sus embajadores con regalos á pedir la paz, que les fué concedida sin tardanza. El vino poco tiempo despues y recibió regalos que le agradaron mucho, y para dar á Cortés una brillante prueba de agradecimiento le ofreció veinte jóvenes indias, diestras en hacer el pan de maíz.

Entre aquellas jóvenes había una notable por su belleza. Era hija de un cacique indio, y arrebatada en su edad temprana del lado de su padre, fué vendida al cacique de Tabasco. Despues fué bautizada y se le puso por nombre Marina. Como tenía